

Historia

EL GRAN ESCRITOR HILAIRE BELLOC

UN GRAN VACIO EN EL CAMPO CATOLICO Y EN LA LITERATURA UNIVERSAL.-

El gran escritor católico inglés Hilaire Belloc ha muerto, a los ochenta y tres años de edad, en su casa de campo de Susex. Y su muerte apenas ha despertado eco en la prensa mundial. Desde luego, mucho menos de lo que merece uno de los más agudos y profundos pensadores contemporáneos. ¿A qué es debido este casi unánime silencio entorno a su colosal figura yacente? Varias son las razones, como veremos. Es cierto que desde hace diez o doce años, debilitadas sus portentosas facultades por el transcurso natural de la edad y también los numerosos sinsabores sufridos a lo largo de su vida, con cristiana resignación, había enmudecido casi por completo su brillante pluma; pero no cabe ocultar que una conspiración deliberada de silencio se ha hecho alrededor de la obra de este autor que, por encima de todo, quiso para sí el noble título de escritor apologista católico. Y esto, junto a su constante lucha contracorrente frente a las herejías antiguas y modernas que impregnan el acervo intelectual de nuestro tiempo, tan pobre y bajo de techo, había concitado contra Belloc la enemistad de numerosos antagonistas, manifiestos y ocultos, y, desde luego, la de la muy abundante fauna de los que viven de explotar la ignorancia y gregarismo de las masas.

Su obra (constituída por más de 157 obras en total, según uno de sus críticos) lleva toda ella el sello del autor, católico militante por encima de todo. Y hacemos hincapié en este punto porque sin este definido carácter carece de sentido tan ingente labor, cuyo "eje diamantino" es la constante defensa de la fe.

Frente a esta característica fundamentalísima queda en segundo plano la perfección literaria y formal de su pluma, considerada por los críticos como la del mejor prosista inglés de nuestros tiempos, sólo parangnable entre sus contemporáneos a la de su colega, que lo sobrevive aún, sir Max Beerbohm.

Su decisiva influencia sobre G. K. Chesterton. El "Chesterbelloc".-

Con la muerte de este singular escritor ha desaparecido la última cabeza del tan temido monstruo, al que Bernard Shaw, que fue víctima con frecuencia, él y su obra, del afilado instinto polémico de los dos fraternales defensores de la fe católica en Inglaterra, habían bautizado con el nombre de "Chesterbelloc". Con ello rendía involuntario tributo de admiración a uno de los más sorprendentes y perfectos casos de compenetración íntima y total entre los dos escritores, que a sus muchos paralelismos unían profundas divergencias de orden constitucional e innato.

Es obligado rendir admirativo homenaje al compañero de Belloc en sus días universitarios del Balliol College de Oxford, E. C. B. Bentley, quien tuvo la luminosa idea de presentarle a Chesterton, porque "creyó que eran dos seres destinados —son sus palabras— a conocerse y compenetrarse". Y así fue, en efecto. Jamás una unión intelectual fue tan fecunda. Es innegable que la evolución espiritual de Chesterton le llevaba ya por sus propios pasos a la Iglesia católica, y él mismo ha gustado de manifestarlo repetidamente en sus obras (*Ortodoxia, La Esfera y la Cruz*, etc.), pero la sólida formación de Belloc influyó de modo decisivo y permanente, así en la conversión de su camarada como en toda su obra posterior.

Lo reconoce así expresamente la esposa de Cecil Chesterton, cuando en su obra biográfica *Los Chesterton* narra cómo la fluidez y versatilidad de Gilbert Keith Chesterton halló el asiento y firmeza de roca en las convicciones religiosas e intelectuales de Hilaire Belloc,

y cómo la dirección espiritual que marcó éste, fue ya la decisiva para Chesterton.

Y sin negar la profunda originalidad del autor de *El retorno de Don Quijote* y *El hombre que fue jueves*, es patente en toda su obra la constante presencia, la huella profunda de la labor (acaso más de investigación y altura) que realizaba paralelamente Belloc. No es ofender a la grandeza y profundidad de Chesterton el afirmar que fue repetidamente el vulgarizador, por así decirlo, del trabajo de laboratorio y, por tanto, forzosamente menos popular, que realizaba "la otra cabeza". Hay que tener, además, presente, que esta labor de comunicación se realizaba en gran parte a través de las prolongadas charlas, polémicas y discusiones (muchas veces "charlas de café", o mejor de cervecería) que sostenían entre sí o con otros los dos impenitentes habladores y discutidores, *causeurs*, diríamos, pues en este caso vale el galicismo, cuyo rasgo común les acababa de unir más estrechamente.

Este profesorado espiritual, aunque establemente inconsciente con uno de los más destacados escritores católicos del mundo, basta por sí solo para justipreciar la talla de nuestro autor y hacerle merecedor de la eterna gratitud de los que militamos en las filas de la fe común. En el transcurso de este artículo señalaremos los repetidos paralelismos en la obra de ambos.

Defensor del latinismo y de la catolicidad en un medio hostil.-

La circunstancia de su nacionalidad, francés por parte de padre y por nacimiento, pues nació en St. Cloud, cerca de París, e íntimo conocedor de la lengua y literatura francesas, y su formación humanística en el Oratorio de Edgbaston (donde tuvo el honor de ser discípulo del Cardenal Newman, y donde descolló brillantemente en los trabajos sobre literatura latina), dieron a su espíritu un cuño indeleble y del que participaron muy pocos de los escritores, así ingleses como franceses, de su época. Desde su temprana edad las ideas de latinidad y romanidad fueron para él inherentes a la religión católica, y desde su época de estudiante se convirtió en su más acérrimo defensor.

Más adelante, todos o casi todos sus trabajos históricos girarán alrededor de esta tesis, y es de apreciar su valor al

sostenerla en una época en que la filosofía de Nietzsche y las teorías hegelianas sobre el Estado hacían furor en Inglaterra, en que el prestigio germano había crecido extraordinariamente entre los políticos ingleses desde la guerra del 70, unido todo ello a las tirantes relaciones con Francia por razón de la política colonial y a las ideas germanizantes introducidas en las Islas, paradójicamente, por los emigrantes judíos alemanes, que, a la sombra de los Rothschild y Disraeli, lograron honra y fortuna, e incluso introducirse en la nobleza británica bajo títulos nobiliarios, como el consejero de la Corona Ernesto Cassel, entre otros. Rudyard Kipling cantaba el imperialismo y la ruda fuerza de la raza sajona, y el Kaiser se le dirigía dándole el nombre de "cantor de la raza común". Todas las teorías históricas de los grandes santones del siglo anterior, Carlyle, Macaulay, Scott, hablaban del pueblo inglés, y reservaban un frío desprecio por los latinos, "pueblos débiles y papistas".

Frente a todo ello, en pleno orgullo victoriano e imperialista, Belloc se permitió no sólo atacar al imperialismo y a la guerra Boer, desencadenada entonces, sino sentar la teoría latinista y romanista, designando al elemento latino como factor preponderante en la constitución de la nacionalidad inglesa y de su temprana incorporación al mundo cristiano y occidental. Cuajó esta tendencia en su célebre *Historia de Inglaterra*, la más original e independiente que se haya escrito jamás; y ya antes, en el orden político y periodístico, por así decirlo, sus ataques contra Lloyd George por tratar de introducir métodos alemanes de administración estatal, culminaron en una de sus obras capitales *El Estado servil*, donde se pronuncia decididamente contra el socialismo de Estado y contra toda forma de tiranía socialista. A pesar de su antigüedad, es aún hoy día una obra fundamental.

De otra parte, su "latinidad" se mostraba en su simpatía por todo lo francés (hizo su servicio militar en el ejército francés). Pero la Francia que él amó era la Francia auténtica, amante de sus tradiciones y de su religión; la Francia eterna, el "pays réel" de que habló Maurras, y acaso de ahí proviene su simpatía y admiración por este autor, aunque no compartiera todas sus ideas. Esta simpatía se transformaba en verdadero asco y desprecio por los políticos, los políticaestros profesionales que arruinaban al país, y sus profé-

ticos augurios respecto de Francia se cumplieron y están cumpliéndose aún, desgraciadamente.

Por su intelecto lúcido, claro y lógico puede decirse, como han dicho de él algunos críticos, que "era un escritor francés que sabía escribir maravillosamente el inglés, y lo escribía no una vez u otra esporádicamente, sino con continuidad". En cambio, la misma lógica, concisión y dogmatismo de su forma y su fondo le hicieron mucho menos popular entre el público inglés, a quien le sentaba mejor el brillante y coloreado chisporroteo de paradojas y el estilo, a veces incongruente, pero profundamente anglosajón, de Chesterton. Pero, a fin de cuentas, ambos venían a decir lo mismo y con igual entusiasmo servían a la misma causa.

Respecto de su devoción por el idioma de Molière, con frecuencia repite en sus escritos que una de las causas de la incompleta formación intelectual de los profesores universitarios ingleses es el escaso número de entre ellos que habla francés.

Debelador de mitos, acerado contraversista y crítico implacable.-

La agudeza y penetración de sus juicios, la vastedad de su cultura y erudición y un certero instinto dialéctico, hicieron de él un polemista temible, tanto en el orden literario como verbal. Ya hemos visto cómo Shaw, con quien tanto él como Chesterton anduvieron perpetuamente a la greña, les respetaba y temía. Otros muchos contrarios tuvieron que lamentar repetidamente el hecho de no haber continuado Belloc la tradición de su familia materna dedicándose al Foro, para el cual, todos, sin excepción, le otorgaban excepcionales dotes. Ya hemos visto cómo se enfrentó a las incipientes propagandas estatistas y totalitarias en embrión (desarrolladas extensamente en nuestros días por la técnica laborista), llevadas a cabo en Inglaterra. Pero con no menor coraje se enfrentó con el capitalismo y sus formas políticas, o sea el demoliberalismo parlamentario más o menos oligárquico, demostrando cómo la verdadera libertad tampoco existe bajo estos pretendidos pabellones de la "libertad, igualdad y fraternidad". Su auténtico amor a la libertad le llevó a la aventura parlamentaria —un pintoresco aspecto de su pintoresca vida—, formando en las filas liberales. Pero este mismo amor le hi-

zo alejarse de ellas cuando comprendió que ser parlamentario significa plegarse a los intereses del partido, por encima de todo. Y su espíritu de independencia e individualismo mal se avenían con estas condiciones; menos aún con las turbias componendas político-financieras que movían, y mueven, realmente, los hilos que tiran de los figurones políticos. Esta experiencia, corta pero intensa, como veremos, produjo una de las obras más cáusticas salidas de su pluma *Mr. Clutterburck's election* (La elección del Sr. Cullterbuck), en la cual se burla donosamente del tinglado electoral y parlamentario británico. A este respecto, es curioso señalar cómo cada una de las experiencias vitales por las que pasó, terminadas casi siempre con sendos desengaños, fueron causa de magníficas obras destinadas a recogerlas y comentarlas, con una amplitud y profundidad no exentas de sarcasmo e ironía cuando así convino. De este modo, su paso por el periodismo fue de lucha y combate permanente, por no transigir con los viciados cánones estatuidos. Los estudia y critica con acerba acuidad en *La prensa libre*, donde da a conocer la sumisión a la finanza internacional y apátrida de la mayor parte de la prensa.

Tanto estas críticas, artículos y ensayos como su obra histórica, que veremos a continuación, se refiere casi invariablemente a problemas y cuestiones británicos, y de aquí acaso derive su escasa popularidad entre el público y la crítica continental. Pero ello constituye un craso error, por cuanto no es en modo alguno un escritor local, mucho menos que Shaw, por ejemplo. Además, los problemas de la organización moderna, política, ideológica, social, han surgido y hallado su máxima expresión en las Islas Británicas; y los errores modernos, cualquier observador cuidadoso puede comprobarlo, de allí han salido y allí llegan a sus últimas consecuencias. Tanto el liberalismo capitalista, con Adam Smith y, sobre todo, Ricardo, como el marxismo, (pues de las condiciones sociales inglesas extrajo Marx su teoría), de allí salieron. Y también la anterior subversión revolucionaria iniciada con la herejía de Enrique VIII, que dió lugar a la rapiña de los bienes eclesiásticos y a la creación de una nueva clase social íntimamente ligada al cisma por la riqueza y ennoblecimiento provenientes del robo. No consideró ésta consolidada su posición hasta la decapitación de Carlos I y el advenimiento de Cromwell y los purita-

nos. Este precedente revolucionario con frecuencia ha quedado desdibujado por los siniestros resplandores, más cercanos aún, de la Revolución francesa, incluso para historiadores católicos y antirrevolucionarios. Por el contrario, Belloc, perfecto conocedor de la historia de ambos países, supo enlazar perfectamente y trazar un luminoso paralelismo entre una y otra, y entre la decapitación de Carlos I y la de Luis XVI.

En toda ocasión busca Belloc el error en sus fuentes y ataca a la fiera en su cubil. Y toda su transigencia y "bonhomía" de amable discutidor y tolerante con las humanas flaquezas se vuelve intolerancia, cortante dureza y mordiente sarcasmo para el deliberado engaño intelectual, aunque éste haya adquirido el carácter de tópico o lugar común. Nada tan acerado e implacable, por ejemplo, como su crítica a la vacua fatuidad de un H. G. Wells, cuando pretendió sentar cátedra de historiador en *Una historia del mundo*. La indignación que despertó en Belloc el hecho de ser aceptado el grandilocuente cúmulo de errores tópicos y deformaciones amontonados por el célebre autor de cuentos y novelas fantásticas, y no sólo por el gran público, sino incluso por intelectuales y universitarios, a los cuales forzosamente debía haberseles hecho patente la irresponsabilidad e insolvencia intelectual del incipiente historiador aficionado, se plasmó en su célebre obra humorística *El señor Wells y Dios*, donde tritura y aniquila con los potentes mazazos de su erudición y de su sarcasmo toda la ar-

quitectura de cartón piedra levantada por el cuentista-historiador.

Por el contrario, aunque dotado de un agudo sentido crítico y excelente gusto literario, fue generalmente benévolo al juzgar el aspecto meramente formal de una obra. En todo caso, fue un meticoloso crítico de sí mismo, en especial de su muy notable, aunque menos conocida, obra poética; y a pesar de que algunos de sus versos son clásicos entre el público inglés, siempre manifestó cierto pudoroso ocultamiento de este aspecto que respondía a cierta vena lírica, muy viva en su espíritu, puesta especialmente de manifiesto en *Camino de Roma*, obra de juventud, donde narra las peripecias de una peregrinación a pie desde su pueblo natal, para asistir en Roma a la Misa del día de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Dentro del catolicismo británico, significó la plena continuación del espíritu del "movimiento de Oxford" (ya hemos visto que fue discípulo del Cardenal Newman), pero su actitud y la de Chesterton representaron una, en cierto modo, postura revolucionaria. A la postura hasta entonces pasiva y al margen mantenida por los católicos ingleses, substituyeron ambos, no sólo una vindicación activa y combativa del pasado católico y tradicional, sino una postura beligerante frente a todos los errores, como ya hemos visto, enlazando inteligentemente el pasado con el presente, en forma que representa una auténtica lección para todo intelectual y escritor católico.

(Concluirá)

MIGUEL ARAÑO

